

See discussions, stats, and author profiles for this publication at: <https://www.researchgate.net/publication/275153654>

El análisis del discurso en Psicología social

Article · September 1994

CITATIONS

206

READS

11,653

2 authors:



Lupicinio Iñiguez-Rueda

Autonomous University of Barcelona

197 PUBLICATIONS 2,544 CITATIONS

SEE PROFILE



Charles Antaki

Loughborough University

116 PUBLICATIONS 6,153 CITATIONS

SEE PROFILE

EL ANALISIS DEL DISCURSO EN PSICOLOGIA SOCIAL

Lupicinio Iñiguez-Charles Antaki

Lupicinio Iñiguez es Titular de Psicología Social en la Universidad Autónoma de Barcelona (08193-Bellaterra, Barcelona). Charles Antaki es Senior Lecturer de Psicología Social en la Universidad de Lancaster (Lancaster LA1 4YF, UK).

En un artículo titulado «Análisis del Discurso» (en adelante AD), lo primero que habría que hacer sería una llamada de atención: no existe una definición única de AD que pueda contener toda la variedad de teorías y

prácticas que actualmente se acogen bajo esta denominación.

No obstante, es gracias a la variedad de prácticas de AD que contamos con suficiente número de trabajos y orientaciones comunes que nos van a permitir introducirlo aquí en términos generales. Así pues, lo que intentamos hacer en este artículo es decir algo sobre las raíces intelectuales de varias prácticas que constituyen el AD, mostrar después cómo analizar un texto para, finalmente, discutir algunas ventajas e inconvenientes del AD como medio para comprender la realidad social.

Querríamos invitar al/a lector/a a que considerara el AD como una alternativa a formas más ortodoxas de investigar la vida social; de hecho, tenemos la esperanza de que los métodos interpretativos que vamos a esbozar despierten su interés. Al final del artículo indicamos algunas fuentes bibliográficas más avanzadas y específicas que los/as lectores/as interesados/as pueden consultar, por lo que desarrollaremos solamente un guía introductoria.

Esperamos mostrar que el AD no es, de hecho, una técnica fija y prescriptiva que se pueda seguir como se sigue una receta. Quizás no haya un método en las Ciencias Sociales que sea fijo e inmutable, aunque cierta Psicología Social pretenda sostener que sus «técnicas» se aproximan al rigor y a la estandarización de las Ciencias Naturales. Este

tipo de manifestación —habitual en los libros de texto introductorios al «método» en Psicología Social— es, desde nuestro punto de vista, un residuo de la orientación positivista tan dominante en todos los ámbitos de la Psicología. Esperamos que los/as lectores/as no se sientan defraudados porque aquí no haya ninguna receta que seguir pero que, no obstante, el dibujo de un método flexible, interpretativo y, más que nada, intelectualmente responsable les resulte atractivo.

Técnicas para trabajar con datos lingüísticos en Psicología Social

Podemos comenzar con un método psicológico que, con frecuencia, se confunde con el AD: el *Análisis de Contenido*. Esta modalidad de análisis se anuncia frecuentemente como una técnica, es decir, un procedimiento con pasos fijos que, cuando se siguen adecuadamente, conducen a un final empírico cierto y seguro. Habitualmente es usado por investigadores/as sociales que realizan estudios cuantitativos de uno o varios textos.

El Análisis de Contenido comienza con la formulación de hipótesis sobre algún fenómeno social o psicológico. A título de ejemplo: el papel de la TV y los periódicos en la difusión de información sobre un tema cualquiera. Pongamos, por ejemplo, el Tercer Mundo: se reuniría un corpus (conjunto de textos extraídos de los media escogidos) y, trabajando con un léxico o catálogo de ítems específicos de referencias al Tercer Mundo, realizaríamos un análisis simple de frecuencias. El resultado de este análisis cuantitativo podría ser que hay más apariciones de temas del Tercer Mundo en los periódicos que en la TV, o que en unos periódicos aparecen más que en otros, y/o aspectos similares. Se podría concluir que el resultado cuantitativo encaja con la teoría, realizándose entonces alguna interpretación teórica de los datos brutos.

Respecto de esta técnica hay que hacer notar que cada ítem (ej. «Tercer Mundo», las palabras «subdesarrollado», «desarrollado», la expresión «Norte-Sur», o la lista de países o nacionalidades del Tercer Mundo, la de líderes de esos países, etc.) se toma como un índice correcto del contenido analizado (temas del Tercer Mundo). El/a investigador/a, confiadamente, ha compilado la lista para que sea exhaustiva y exclusiva: cada mención del tema del Tercer Mundo será capturada por la lista, y ésta contendrá solamente menciones a los temas del Tercer Mundo. Este es, de hecho, un criterio para un buen Análisis de Contenido —que la lista haga una clara separación del tema elegido con respecto a otros conceptos. Una lista más clara podría ser de factura mecánica: un programa de ordenador capaz de leer textos podría ser el analista de contenido ideal.

En otras palabras, el Análisis de Contenido es deliberada y explícitamente ciego a muchas de las cosas a las que normalmente somos sensibles en el lenguaje cotidiano: contexto, ironía, doble sentido, agenda oculta, implicación, etc. Esto es importante porque revela algo que está en el centro del debate sobre el AD y otros métodos que trabajan con datos lingüísticos: la teoría del lenguaje que está detrás del método. Para el Análisis de Contenido, la teoría del lenguaje es bastante simple: la aparición de una palabra («Zambia» o la frase «el debate Norte-Sur») se toma como una manifestación directa del concepto subyacente de Tercer Mundo. Es decir, la idea de que el lenguaje es *transparente*: la palabra o la frase representa directamente el concepto subyacente, y entre una y otro hay una vía directa sin nada que lo obstaculice.

Es aquí donde el AD se separa del Análisis de Contenido pues asume una teoría del lenguaje más sofisticada. En el camino de esta teoría, empezaremos con una observación sobre el lenguaje que ha impulsado su propio método de análisis, bastante diferente del Análisis de Contenido, y mucho más cercano al AD. Surge de la Etnometodología y se llama *Análisis Conversacional*.

El principio básico sobre el que descansa el Análisis Conversacional es que el lenguaje puede ser comprendido por *su uso*: no es bueno tratar palabras o frases como manifestaciones en blanco de algún significado semántico neutral; más bien, deberíamos ver cómo el lenguaje es usado por hablantes en conversaciones reales, y deberíamos mirar por encima del nivel de la palabra o de la frase.

Al estudiar el lenguaje en la práctica, continúa el argumento, comenzamos a ver ciertas regularidades. La más conocida es la llamada «turn-taking» («toma de turno»): en diferentes situaciones, extraordinariamente cotidianas, los/as interlocutores/as fácil, y apenas conscientemente, manejan su conversación de forma que cada persona tiene un turno de intervención bien definido, dando el paso a otra que toma el relevo en el momento apropiado y que continúa con la conversación. Por ejemplo:

A: "¡Hola!, ¿Cómo estás?"

B: "¡Bien!, ¿Y tu?"

A: "Me alegro de verte"

...

Con tales regularidades en la mente, la tarea de el/a analista es conocer la interacción social y cómo se organiza, se mantiene y se maneja. Lo que la gente dice se toma, no como una manifestación directa de un concepto simple o no ambiguo, sino más bien como un instrumento que puede mover la conversación y llevar a cabo ciertas

tareas sociales ocultas u obvias. Por ejemplo la frase «¿está la puerta abierta?» puede ser una pregunta ingenua, pero puede ser también una indirecta para que el/a interpelado/a cierre la puerta (veremos más usos de este tipo cuando hablemos del estudio de la *pragmática*).

El paso desde una concepción del lenguaje como ventana de los significados a otro del lenguaje como conjunto de instrumentos que pueden regular las relaciones sociales implica, por supuesto, un desarrollo complejo que nosotros solamente hemos esbozado aquí. Pero esto nos sirve como base para comenzar con los antecedentes del AD.

Antecedentes del Análisis del Discurso

Existen dos fuentes de influencia principales en el AD que han surgido de dos tradiciones de trabajo distintas. La primera ha sido la filosofía lingüística asociada a la escuela de Oxford en Gran Bretaña. La segunda es el trabajo desarrollado en la Europa Continental, vinculado a una tradición más orientada política y sociológicamente. Nos referiremos principalmente a la primera de ellas.

El más influyente de los antecedentes de la primera tradición ha sido la noción de que el lenguaje puede afectar a la realidad social —en palabras de Austin, uno/a puede «hacer cosas con palabras». Ya hemos visto cómo esto ha sido aprehendido por la Etnometodología. No obstante, en este punto también merece la pena referirse al trabajo de Grice y a cómo su contribución a la pragmática ha estado relativamente próxima al desarrollo del AD. Grice (1975) propuso que las personas, cuando interactúan lingüísticamente, acuerdan tácitamente cooperar: esto significa que convienen que cualquier cosa que dicen a otra puede ser relevante para la interacción y, especialmente, para lo que se ha dicho; que aquello que dicen será informativo y no redundante; que podrá decirse si es apropiado o no, etc. Si se siguen estas reglas, entonces la conversación puede darse de forma económica y adecuada. No es necesario anunciar laboriosamente cada paso de lo que se dice. Se puede confiar en que la otra persona rellene las escenas obviadas en el argumento. En el ejemplo que hemos usado antes, si uno/a entra en una habitación sin cerrar la puerta, y otro/a dice «¿está la puerta abierta?», entonces está confiando en que el/a primero/a supone que lo que dice es relevante para lo que ha hecho —por lo tanto comprende que está haciendo algo más que manifestar curiosidad por el estado de la puerta.

Esta forma de pensar refuerza la visión del lenguaje, y de la conducta lingüística, como capacidad de hacer algo; y, además, la idea de que el/a analista puede ser espectador de la interacción y hacer interpretaciones justo sobre lo que el lenguaje está haciendo. Esto supone separarse de dos imágenes usuales, como son la visión del lenguaje como una

serie estática de descripciones, y del/a analista como mero recolector/a de datos neutros. Asimismo, esto coloca directamente la actividad académica de la interpretación dentro de la órbita de la Psicología, constituyendo un nuevo punto de partida.

Si revisamos la actual literatura en Psicología Social, veremos muchos trabajos que siguen las líneas experimentalistas tradicionales. Las páginas de las más importantes revistas norteamericanas, tales como el *Journal of Personality and Social Psychology*, el *Journal of Experimental Social Psychology*,..., están repletas de investigaciones fuertemente dependientes de una visión positivista de la ciencia. En un experimento típico, se manipula una variable independiente y se miden sus efectos en una variable dependiente; la única interpretación que se hará será que la variable independiente ha causado el cambio en la variable dependiente. Esto constituye un hábito de pensamiento tan internalizado en el mundo experimental que difícilmente es calificado como una interpretación y, sin embargo, lo es. Otra lectura que puede desprenderse parte de la operacionalización de la variable independiente. Por ejemplo, si el/a experimentador/a quiere modificar la motivación de quien participa en el experimento, puede darle algún dinero, o hacerle encontrar dinero «por casualidad». En un experimento típico de «conducta prosocial», el/a experimentador/a pondrá a prueba cuándo una motivación agradable induce a un/a participante a ayudar a un/a tercero/a, y la motivación se manipulará dejando algunas monedas perdidas en la cabina telefónica en la que va a entrar. Si esta interpretación de la manipulación se cuestiona alguna vez, la respuesta ofrecida se basará en los controles experimentales de la «forma de ver» la propia situación por parte de los/as participantes. La persona participante puede o no estar de acuerdo con la interpretación de el/a experimentador/a; no se solicita de ella una visión creativa o espontánea de lo que está sucediendo, ni se tiene en cuenta la posibilidad de que pueda haber influencias inarticuladas, aunque poderosas, en el trabajo a las cuales, ni quien participa ni quien dirige el experimento, pueden acceder.

En la actualidad es habitual encontrar toda una serie de críticas a la experimentación que sostienen que, de hecho, se necesita un importante grado de interpretación en la misma. Crowle, en un importante artículo (1976) demuestra que incluso el experimento aparentemente más cuidado deja tanto espacio a la interpretación que poco mérito tiene el que funcione. El mismo realizó un experimento de disonancia cognitiva tal como sigue: la persona llega a una sala de espera en la cual se encuentra otra (un/a cómplice, dato que, evidentemente, ignora el «sujeto» verdadero). Este cómplice le revela algunos detalles del experimento, cosa que no debería haber hecho. El/a participante entra en el

laboratorio y realiza el experimento. En ese momento es colocado en una de dos condiciones. En la primera de las ellas se le pide volver otro día para continuar con otro experimento: ésta es una manipulación del compromiso, y todo el mundo acepta. En la otra condición no se efectúa tal demanda. Entonces, el/a experimentador/a le pregunta si la otra persona (cómplice) le ha dicho algo en relación al experimento mientras permanecía en la sala de espera. ¿Qué predice la Teoría de la Disonancia Cognitiva? Predice que cuando el compromiso es alto, se experimentará disonancia entre el compromiso y el hecho de haber oído algo que vaticina el experimento; no siendo capaz de escapar al compromiso que ha adquirido, el «sujeto experimental» alterará su memoria de la experiencia en la sala de espera o, como mínimo, su memoria manifiesta. Y, de hecho, esto es lo que sucede: en el grupo de alto compromiso, el «sujeto» miente al/a experimentador/a, negando que haya oído algo sobre el experimento antes de comenzar.

La observación que realiza Crowle es que este resultado, totalmente ortodoxo, no es en ningún modo una confirmación simple de la Teoría de la Disonancia Cognitiva, dado que todo ello es contingente —como sucede con tales experimentos— al sentido que damos a la situación en que el «sujeto» se encuentra, y al significado que tiene lo que dice al/a experimentador/a. Sería totalmente razonable, por ejemplo, ver la situación como si uno «hiciera de sujeto de alto compromiso» no implicado con el experimento, pero, al contrario, resentido del mismo: después de todo, ¿por qué debería volver otra vez? Y estando resentido, el único modo que tiene de expresar su insatisfacción es a través del lenguaje —saboteando el experimento, engañando al/a experimentador/a con una mentira.

Si este espacio para la discusión es difuso en la aparente impermeabilidad de los experimentos, ¿no es mejor confrontar la interpretación directamente con los/as participantes, y confiar menos en la dudosa protección de la retórica de la variable dependiente e independiente, y las garantías inciertas de los controles de manipulación? Esta es parte de la crítica a la Psicología Social experimental, habitual desde inicios de los setenta. No obstante, el aspecto más relevante de la crítica para lo que aquí nos interesa es la idea de que debemos ser francos sobre el esfuerzo interpretativo que nosotros, como investigadores/as, realizamos en y de la investigación.

Si fuéramos a confrontar la interpretación, nuestro primer paso sería analizar el papel del lenguaje. Una de las voces que ha tratado más elocuentemente este tópico en años recientes es la de Michael Billig, que ha realizado una apreciación de la esencia argumentativa y de la naturaleza retórica del lenguaje que usamos. Para Billig (1987), cualquier

mensaje es ambiguo, y todos requieren el esfuerzo interpretativo del/a investigador. El, por ejemplo, está seguro de que los «sujetos» en el experimento de Crowle estaban usando los recursos disponibles en aspectos sobre los cuales el/a experimentador/a tenía poco o ningún control. Billig querría que reconocieramos que en la interacción humana hay siempre otro lado —y quizá un tercero o cuarto— del relato; que las palabras no son siempre lo que parecen. El role del/a investigador/a no consiste en seguir direcciones de análisis que conducen a un objetivo predeterminado; al contrario, interactuar con los argumentos inherentes a lo que dicen las personas y, usando toda la gama de armas analíticas a su disposición, sacar a la luz todo aquello que no está explicitado. El/a investigador/a es, en un determinado sentido, un/a profesional escéptico/a, encargado/a de escrutar la realidad social a través de la interrogación del lenguaje que usan las personas.

Billig articula una visión del role del/a investigador/a que podría ser aceptada por quienes siguen activamente formas no-tradicionales de investigación en Psicología Social. Para nuestros propósitos en este artículo, los/as investigadores/as más estrechamente comprometidos con la interpretación analítica discursiva son Jonathan Potter y Margaret Wetherell. Su libro *Discourse and Social Psychology: Beyond attitudes and behaviour* (1987) es una importante muestra de que la Psicología puede usar métodos que sean totalmente no-experimentales, y de que la interpretación no es sólo legítima, sino esencial, en la comprensión de las relaciones sociales.

Definiciones de Análisis de Discurso

Hay varias definiciones de lo que es Análisis de Discurso, ninguna de las cuales pretende, de forma imperiosa, ser definitiva. Cada una satisface las propias preocupaciones de los/as distintos/as autores/as. En la orientación lingüística se citan definiciones orientadas lingüísticamente, como por ejemplo Levinson (1983) o Stubbs (1983); en la Psicología Social se citan definiciones orientadas psicosocialmente —que están de algún modo interesadas por las preocupaciones tradicionales de la Psicología Social (Potter y Wetherell, 1987). En este artículo proponemos seguir un camino entre los intereses y demandas de varias orientaciones, de este modo optamos por una definición como sigue: *un discurso* es un conjunto de prácticas lingüísticas que mantienen y promueven ciertas relaciones sociales. El *análisis* consiste en estudiar cómo estas prácticas actúan en el presente manteniendo y promoviendo estas relaciones: es sacar a la luz el poder del lenguaje como una práctica constituyente y regulativa.

¿Cómo es el Análisis del Discurso?

La primera pregunta que el/a analista de discurso se hace es la misma que se haría cualquier investigador/a social responsable: ¿Qué fenómeno social se está intentando aclarar? ¿Qué relaciones sociales se quieren explicar? El modo particular en que el/a analista de discurso coloca la cuestión consiste en preguntarse qué relaciones sociales mantenidas y promovidas a través del lenguaje se quieren explicar.

El campo es inagotable. El lenguaje es de tal modo parte intrínseca de nuestra cultura que es difícil, quizá imposible, concebir alguna relación social que no se produzca a través de este medio. Para ilustrar el alcance del fenómeno, consideremos en un extremo el discurso formalizado y ritualizado de una ceremonia religiosa; en el otro, los sincopados intercambios, sin estructura aparente, de un grupo de jóvenes en la esquina de una calle. La diferencia entre ambos es, sin embargo, sólo aparente: el discurso de los/as jóvenes debe seguir ciertas reglas —aunque no estén del todo explicitadas— que pueden ser tan complejas y prescriptivas como las dadas en la Iglesia: más aún, la gente joven se enfrenta a dificultades mayores para aprender estas reglas debido a que, a diferencia de quienes participan en la misa, puede no existir un entrenamiento formal.

El punto de partida del AD se basa en la proposición de que la relación social a examinar no está sólo mediatizada por el lenguaje —como podría ser el grupo de jóvenes en la esquina de la calle— sino también controlada por él.

La idea del lenguaje como control no es tan obvia, pero se hace evidente si usamos el ejemplo de las leyes y reglas. Las leyes afectan a la conducta. Estas codifican y prescriben; al definir lo que está prohibido definen, por complementariedad, lo permitido. Cada organización tiene su «libro de normas y procedimientos». El ejército tiene sus propios estatutos, aplicándose estos a sus componentes; la Iglesia tiene sus propias prescripciones y proscipciones religiosas, constriñendo a todos aquellos/as que se identifican con sus enseñanzas, influyendo incluso a aquellos/as que dicen no ser adeptos/as; la universidad tiene sus propios estatutos formales que, quizá desconocidos por todo el personal y por los/as estudiantes, están incorporados a la organización de sus propias vidas académicas. Estos «libros» existen literalmente como codificaciones formales, «en toda regla», definiendo y construyendo las identidades y conductas de todos/as los/as que caen bajo su jurisdicción.

Quizá aún más poderosos son los códigos informales, no escritos, insertos en nuestra vida social. En efecto, aparte de listas formales de reglas existen otros discursos menos explícitos, pero no por ello menos constreñidores y rectores de nuestras vidas. Sería extraño que si

preguntáramos a un/a estudiante que nos dijera cuáles son las reglas de su facultad, no fuera capaz de articular una completa muestra de convenciones no-escritas que dirigen y compelen su conducta, aunque no tuvieran una fuerza formalmente legal como: «no te acerques a los/as profesores/as fuera de la facultad», «nunca contactes con el/a profesor/a en su propia casa», «no se puede tener una radio dentro de la clase», «los/as estudiantes deben siempre actuar como inferiores a los/as profesores/as». Y, por supuesto, el personal docente debe tener un número igual de reglas que limitan (aunque quizá de forma menos estricta) su propia conducta: «nunca flirtear con los/as estudiantes», «se debe tratar idénticamente a todos/as los/as estudiantes», etc.

Estas reglas son mantenidas por el discurso, que tanto los/as estudiantes como el personal docente utiliza, y por el discurso implícito que mantiene sus identidades sociales —el discurso de la Universidad, de la sociedad que permite y privilegia esta educación, racionalidad, respeto a personas mayores y con mayor educación,... Esto nos conduce a una importante cuestión: nunca se encuentra un discurso que exista por sí mismo, no anclado en algún otro. Los/as analistas están de acuerdo en que cada discurso está relacionado con otros —que *la intertextualidad* es una característica principal del material con el cual trabajan.

Una vez que el/a analista ha escogido la relación social a la cual prestar atención, y es consciente de que su elemento de trabajo va a consistir en un continuo entrecruzamiento de discursos, la búsqueda de material relevante puede empezar.

Seguiremos con el ejemplo del discurso del "ser-estudiante". El/a analista preguntará en primer lugar: ¿Cuál es el problema? Una posibilidad es considerar como problema las demandas competitivas de autonomía y dependencia que están implícitas en el concepto de aprendizaje en una institución universitaria. Por un lado, se pide al/a estudiante que sea independiente, que realice su propio aprendizaje...; por otro, que se ciña a la asistencia a clase, exámenes,... ¿Cómo se mantiene este antagonismo?, y ¿cómo las prácticas sociales mantienen y promueven las poderosas diferencias que están en la base de la relación social entre el grupo de estudiantes y el control docente?

El/a analista de discurso recogerá ahora un material que ejemplificará los discursos que resumen la relación. Este material puede ser muy variado: desde los estatutos formales de la universidad, facultad y departamento, hasta las transcripciones de conversaciones informales entre el personal docente y los/as estudiantes, entre el personal docente, y entre los/as estudiantes. La regla de oro consiste en que el texto debe, en cierto modo, poner de manifiesto la relación entre estudiantes y personal docente *per se*.

Conviene en este momento de nuestro desarrollo señalar que no todo es un discurso. Hay dos criterios centrales para hacerlo evidente: un fragmento de conversación o de escrito es un texto relevante si, en primer lugar, se puede interpretar que los/as participantes actúan en su role como representativos del grupo o comunidad en que el/a investigador los ha identificado «como protagonistas» en la relación social; y, en segundo lugar, que el texto debe tener efectos discursivos. Este último criterio necesita mayor elaboración; volveremos a él, con detalle, más adelante. Clarifiquemos primeramente el punto referente a los/as participantes como representativos/as de grupos.

En el AD la «representatividad» no hace referencia al concepto estadístico que alude a los/as componentes de una muestra que se considera proviene de una población dada: no significa que el/a participante sea estadísticamente representativo/a de la población en consideración, que esté cerca de la media en edad, status socio-económico,... Significa, por el contrario, que el/a participante está actuando *como si* estuviera en «el role», donde lo que es importante sobre él/la, en la interacción, no son sus cualidades personales sino el hecho de que es un/a estudiante o miembro del personal docente. Por ejemplo, en algunos comités compuestos por estudiantes y personal docente, los/as primeros/as pueden o no votar en función del tema que se está debatiendo. Cuando el tema tiene que ver con la política del personal docente (por ejemplo, cuando se ofrece un nuevo trabajo en un cierto departamento, cuando hay una nueva cátedra,...), está formalmente permitido a un/a estudiante hablar, pero no puede tomar parte en la decisión mediante su voto. ¿Es esto irrespetuoso con sus capacidades intelectuales? El/a estudiante (y no nos referimos a él/la como la persona más joven, o la persona que le gusta más la música pop,...) es un ser respetable, con capacidad de decisión, puede ser maduro/a y reflexivo/a, consciente, justo/a, etc. Todas estas características pueden hacerlo/a ideal para tomar una decisión. Sin embargo, todas estas características personales no son importantes para el caso que nos ocupa. El/a estudiante está allí como estudiante —como un representante de uno de los grupos o comunidades que el/a analista ha identificado como protagonistas en la relación social del «ser-estudiante», no como personal docente.

El segundo criterio que permite identificar qué es un discurso consiste en que el texto debería tener efectos discursivos. «Efectos» no significa aquí efectos psicológicos individuales en el oyente o hablante. Un texto puede tener un efecto independiente de la actual percepción mental de su mensaje por parte de la audiencia o incluso un mensaje intencional que el/a hablante pudiera haber imaginado. Tomemos, por ejemplo, los

efectos de usar imágenes de mujeres desnudas en anuncios. Una fotografía del cuerpo de una mujer utilizada como ornamentación de un coche puede avivar un gran número de reacciones en el/a lector: indiferencia, arousal, disgusto, atracción,... ¿Son estas reacciones importantes en la comprensión de la correspondencia entre la imagen y la relación social? En un sentido, es irrelevante cualquiera que sea la reacción de cada persona a la imagen cuando consideramos el hecho de que esta representación necesariamente —lógicamente si se quiere— asocia una cierta visión de la sexualidad con un producto, y con todo un conjunto de imágenes que se identifican con el poder, con la masculinidad y con la agresividad. La ecuación de la mujer como un objeto sexual (indicado por su desnudez) y el coche como un objeto de consumo masculino (indicado por el hecho de que la imagen aparece en un anuncio que presumiblemente ayuda a vender el modelo mostrado) es lo que resulta importante para el/a analista, y esto no depende de la reacción particular a ello.

Los efectos discursivos, de este modo, son aquellos que operan por encima del nivel de lo individual. Al hojear los textos, debemos buscar los efectos que el material «tiene por derecho propio»: el que el/a lector es capaz de captar. La tarea del/a analista consiste en recorrer los textos buscando todas las posibles lecturas, e identificar aquellas que sean más adecuadas a la relación social que tiene en consideración. Lógicamente, otras lecturas serán posibles —cualquier texto es ambiguo— sin embargo, la tarea del/a analista es identificar la principal, o la más importante.

Veamos un ejemplo de lo que podría ser considerado como un texto en ese discurso. Nuestro ejemplo viene de una universidad británica, la Universidad de Lancaster, y presentamos la traducción de un párrafo proveniente de un manual que se entrega como guía a los/as estudiantes de segundo curso de Psicología.

«CONTACTO CON EL PERSONAL DOCENTE

Debido a varias razones, los/as profesores/as no están generalmente en sus despachos desde las nueve a las cinco cada día de la semana. Hacen gran parte de su trabajo en casa, y algunos/as tienen obligaciones fuera de la Universidad que comportan ausencias periódicas.

Sin embargo, los/as profesores/as indican normalmente su disponibilidad por lo menos una semana antes en una nota en la puerta de su despacho. Esto debería ser suficiente para encontrarlos/as, pero ha de recordarse que pueden estar en cualquier lugar del departamento, o quizá en la biblioteca, cuando se llama por teléfono. Si se falla al contactar un/a profesor/a, *dejar una nota e indicar cuándo se volverá a intentar de nuevo*. Sólo entonces podrá un/a profesor/a conocer que se le está buscando, y aunque la próxima vez que se quiera contactarle/a puede no ser la adecuada, el/a profesor/a podrá buscar un momento

oportuno para ambos. El dejar una nota debería ser suficiente para solucionar el problema, y si es posible hay que evitar recurrir al personal de secretaría, el cual no conoce generalmente los quehaceres precisos del personal docente.»

En primer lugar, vamos a aproximarnos a este fragmento como si realizáramos un análisis de contenido. Deberíamos haber confeccionado un catálogo de ítems que quisiéramos contabilizar, tal como el número de imperativos en el texto. Este podría ser un procedimiento directo: hay XX imperativos (p.e. "dejar una nota..."). Obtendríamos entonces un dato estadístico en un contexto más amplio: quizás en comparación con otros libros, o con párrafos relativos a otros temas relacionados con los/as estudiantes en otros capítulos del mismo libro, etc.

Para el/a analista de discurso, el párrafo debería ser leído no sólo para descubrir su contenido, sino también para obtener sus efectos latentes. Desde luego, al igual que en el análisis de contenido, este sólo constituiría una pequeña parte de una colección mayor de textos: lo que decimos, por lo tanto, es sólo indicativo —una pequeña muestra de lo que el proceso real podría ser con un mayor o mejor corpus.

El/a analista busca cómo el texto podría contribuir a la construcción de el/a estudiante, a la vez como independiente y dependiente. Así, como se puede leer en el texto, notamos que la primera parte no habla, en ningún modo, sobre el/a estudiante sino sobre el personal docente: más aún, esta información es formalmente dada como una razón para su conducta. El personal docente, «no está generalmente en sus despachos desde las nueve a las cinco cada día de la semana.» ¿Por qué? «Por varias razones», y estas son examinadas y explícitamente mostradas: algunos/as «hacen gran parte de su trabajo en casa, y algunos/as tienen obligaciones fuera de la Universidad que comportan ausencias periódicas». Notemos que no sólo se dice que están en casa o que están fuera: están *trabajando* en casa, y tienen *obligaciones* fuera de la Universidad. Y estas ausencias no son aleatorias: son *periódicas*, tan regulares como la tabla periódica de elementos... De este modo el personal docente se muestra como productivo, escrupuloso respecto a sus obligaciones y, metafóricamente, tan dependiente como los elementos químicos.

El texto muestra, igualmente, que el personal docente conoce sus obligaciones con respecto a los/as estudiantes y advierte de su disponibilidad en un lugar público: su puerta. En caso de que esto no fuese suficiente para su localización, el texto añade más información: si no están en su despacho, quizás están «en algún lugar del departamento, o en la biblioteca». Nunca en el bar, la cantina, el lavabo o simplemente dando una vuelta: los/as miembros del personal docente no sólo son

trabajadores/as conscientes, parecen no tener vida al margen de su dedicación al trabajo.

A partir de este momento, el texto deviene más prescriptivo. «Si se falla al contactar a un/a profesor/a, dejar una nota». Notemos que el verbo usado es «fallar»: una alternativa podría haber sido «si no es posible», o incluso, en una locución construida de forma distinta «Si el profesor no está...». La elección de el/a escritor/a, quizá sin ser consciente, es significativa: la frase tal como aparece, construye el evento como un fallo del estudiante, no una falta del personal docente o un error institucional. Esto es reforzado con la cláusula adicional «dejar una nota». El fallo puede ser reparado mediante un reconocimiento y un nuevo intento.

El/a profesor/a puede decidir que el momento «puede no ser conveniente». ¿Puede el/a estudiante estar seguro/a que el/a profesor contactará finalmente con él/ella? No exactamente: el/a profesor/a «podrá contactar» —pero bajo ninguna obligación, de acuerdo con el lenguaje del texto. Aunque dejar una nota «debería ser suficiente para solucionar el problema» la implicación es que podría no serlo —y el agente activo es el/a estudiante, ya que el/la ha realizado la acción. Sin embargo, aunque el/a estudiante esté en su derecho, debería «evitar recurrir al personal de secretaría, el cual no conoce generalmente los quehaceres precisos del personal docente». De este modo, los/as secretarios/as tienen un conocimiento general, pero no omnisciente. Sin embargo, se espera que el/a estudiante sea capaz de averiguar y/o solucionar lo que incluso el personal de secretaría, cobrando un sueldo, no pueden saber.

¿Qué hemos realizado en esta lectura? No hemos leído «entre líneas», construyendo lo que no estaba allí: todo lo que hemos dicho está en el texto, en el lenguaje. Esta es la primera regla de el/a analista de discurso: no exceder el texto. Desde luego, hemos leído el texto cuidadosamente y lo hemos interpretado —pero, de ningún modo, inventado. No hemos dicho nada sobre el texto que condescienda o que desatienda al estudiante, o que fuera un ejemplo de formas de control autoritarias. Ninguna de estas interpretaciones podrían haber sido justificadas por el texto. Lo que se mantiene es la imagen de el/a estudiante en contraste con la de el/a profesor/a: el/a profesor/a haciendo su obligación conscientemente, el/a estudiante necesitando implícitamente directrices, e implícitamente siendo introducido en el lenguaje del fallo y la inadecuación.

Este es un ejemplo de búsqueda de cómo el texto construye los objetos del discurso (en este caso, estudiantes). El término «construye» proviene de la posición teórica sobre el lenguaje a la que anteriormente hemos aludido: lenguaje como una fuerza que no expone simplemente

la vida, sino que toma una parte activa en su modelamiento. Esto puede parecer una noción gratuita —después de todo, se podría decir, un/a estudiante es un/a estudiante, y «el lenguaje» no tiene nada que ver. Pero lo que se pretende comprender, y su interpretación lo ha mostrado, es que el modo en que el/a estudiante es tratado en el lenguaje tiene fuertes implicaciones para lo que se asume que un/a estudiante es: y estas asunciones surgen a partir de cómo se construye la imagen de «estudiante».

Una vez que el/a analista ha realizado la primera lectura del texto —tal como la hemos hecho— debe aplicar sistemáticamente su lectura al corpus completo que ha recogido. En nuestro caso, podríamos empezar con la noción del personal docente como trabajadores/as conscientes y la de estudiante como un sujeto confundido esperando guía. Deberíamos, entonces, recorrer el resto del manual, y adentrarnos en otros documentos, para ver cómo estos términos son recogidos. En efecto, avanzando en el manual a través de una mezcla del nivel de discurso departamental y el nivel de la Universidad, aparece, tan sólo dos párrafos después de nuestro extracto original:

«Asistencia a las clases, prácticas y seminarios. Lo que el Consejo de la Universidad espera de los/as estudiantes es»:

«Todos los/as estudiantes deben realizar diligentemente el trabajo requerido. Es preciso atender a los seminarios y tutorías, realizar el trabajo escrito y práctico prescrito, el trabajo de vacaciones, los exámenes formales y tests departamentales. Se espera la asistencia a las clases; ésta puede ser verificada, tanto para un/a estudiante concreto como para todos los/as estudiantes de un mismo curso" (.89/53)»

«El Departamento de Psicología espera una asistencia regular a las clases, prácticas, seminarios y sesiones de trabajo. Habrá un seguimiento de la asistencia y a los/as estudiantes que muestren una escasa presencia se les pedirá que rectifiquen».

Este extracto confirma nuestra lectura del/a estudiante como un sujeto marcado, o potencialmente marcado, por una necesidad de dirección y control. En una pieza abierta de intertextualidad, los/as autores del manual citan literalmente la autoridad de la Universidad, sacando lo que ostensiblemente es un documento sobre «las directrices» de los requerimientos legales de la institución en su máxima expresión —reglas que, si son infringidas, pueden cuestionar el estatus de estudiante. ¿Cuál es el efecto de esto? No es el de añadir el peso de la ley a lo que podría ser visto de otro modo como simples sugerencias. La implicación es que el departamento ha tenido razones para invocar anteriormente la ley, y

considera razonable ofrecer a el/a estudiante un justo aviso. Otra vez, entonces, el esquema implícito es el de el/a estudiante como alguien que requiere advertencias —alguien que, si no se le avisa de las consecuencias de sus (potencialmente irresponsables) acciones sería fácil que actuase erróneamente, fracasando en el logro de los estándares y, en consecuencia, perdiendo el derecho a ser un/a estudiante.

Para los propósitos de la exposición, en estas interpretaciones hemos evitado, deliberadamente, las precisiones metodológicas más habituales del trabajo de los/as analistas. Vamos a mostrar, sin embargo, una pequeña gama de estos métodos para que se aprecie la riqueza que se puede obtener en textos como éstos.

Cualquiera que sea la herramienta, debe ser usada en la totalidad del corpus. Debemos recordar que el/a analista necesariamente ha de trabajar con una gran colección de material. Puede parecer obvio, pero es importante señalarlo, que el material verbal necesita un tratamiento cuidadoso. Esto ocurre especialmente con un corpus conversacional: precisa ser transcrito con el suficiente detalle para que pueda ser identificada cualquier sutil interacción —y esto incluye interrupciones, respiros, pausas,... Hay una diferencia entre «No lo creo» y «Pues... mmm.... yo... yo no... mmm... no lo creo». Una vez recogido el material, la información debe ser guardada en una forma adecuada para una revisión cuidadosa: introducir el texto en un archivo informatizado puede ser útil, pero no indispensable.

Distintos/as analistas pueden optar por diferentes niveles de análisis. Existen algunos trabajos que se centran en el nivel de la pragmática de la conversación, es decir, el ámbito de los significados conversacionales señalados por la información contextual que los/as hablantes asumen en público. Es más fácil ejemplificarlo que definirlo. Tomemos el siguiente par de verbalizaciones:

«- ¿Está Juan en su despacho?

- Bien..., la luz está encendida y su abrigo está allí».

La segunda frase no dice que sí directamente pero, en gran manera, lo implica: el/a hablante cree en la capacidad de el/a oyente para interpretar las consecuencias de lo que dice. El nivel de análisis pragmático es ideal para identificar efectos de implicación y del tipo de conocimiento que el/a hablante asume como compartidos con la audiencia y, separadamente, para reconocer el efecto que ciertas expresiones tienen en función de su forma lingüística. Quizá la mayor contribución al AD es la noción de «actos de habla», donde las expresiones son concebidas como productoras de efectos que trascienden las palabras usadas. Por ejemplo:

«Prometo devolverte el dinero mañana»

«Os declaro marido y mujer»

Estos usos aparecen en nuestra conversación ordinaria, y tienen efectos sociales significativos —de hecho, hay ciertas cosas, como los casamientos que únicamente pueden ejecutarse a través del uso de una fórmula lingüística.

Además del nivel pragmático, nos podemos internar en una multiplicidad de formas destinadas a alcanzar una interpretación en el nivel en que las frases y sentencias anteriores devienen intercambios. Aquí se pueden referir una gran variedad de aproximaciones. Billig (1987), por ejemplo, aboga por el uso más exhaustivo de las posibilidades analíticas de la retórica: la identificación de tipos argumentativos, figuras retóricas, secuencias tácticas de temas, y todas las formas estilísticas que ayudan a la persuasión. Sus sugerencias son particularmente útiles al analizar la credibilidad que un texto vehicula, y la identificación de las líneas de coherencia de un argumento que pueden ser distinguidas por debajo de una fachada aparentemente inconexa. El primer extracto mostrado es un buen ejemplo de la retórica del deber, apoyada en una lista de cuestiones banales. Potter y Wetherell (1987) sugieren varios métodos, de los cuales el principal es la idea de repertorio: un tema de conversación puede variarse en función de las demandas locales de la situación de interacción. Esto es útil para ver cómo los/as hablantes hacen frente a las conversaciones y cómo definen planes a través de la colocación estratégica de temas. En nuestro ejemplo sobre el ser-estudiante, hay temas de control y de obligación que afloran en diferentes momentos para remarcar ciertos puntos discursivos. Parker (1988) sugiere buscar polaridades en los textos —el juego de oposiciones en el desarrollo de la narrativa. En los ejemplos anteriores, algunas polaridades podrían ser consciencia/inconsciencia, dependencia/independencia y responsabilidad/irresponsabilidad.

Todos estas formas específicas de análisis del texto, junto con otras que pueden encontrarse en las fuentes que ofrecemos al final de este artículo, confían fuertemente en la interpretación dada por el/a investigador/a. Discutiremos en la parte final la difícil cuestión de la validez de estas distintas formas de análisis.

Ventajas del Análisis del Discurso

La ventaja obvia del AD es que su visión del lenguaje —la moneda común de nuestra vida social— está ampliamente aceptada. A diferencia de otros tratamientos más restrictivos en Psicología Social, el AD no

piensa en el lenguaje como una mera marca del propio grupo social, o como una pista para la percepción personal (aunque pueda ser ambas cosas). No ve el lenguaje como una ventana que se abre hacia las ideas que la gente tiene en la cabeza, como ciertos tipos de psicólogos querrían argüir; y todavía menos la visión del lenguaje como una serie de símbolos estáticos cuya distribución estadística es, por sí misma, significativa.

El AD asume el lenguaje tanto como señal de una realidad social como una forma de crearla. Aboga por un uso dinámico del lenguaje, y es sensible a sus efectos, no en el sentido de una reacción mental transitoria, sino como un efecto de la forma lingüística.

Para el AD, el lenguaje no existe «en la cabeza», existe en el mundo: el lenguaje es más una forma de construcción que de descripción de nosotros mismos. El AD reconoce el mundo en el cual el/a hablante vive, un mundo donde el habla tiene efectos: donde no es indiferente referirse a alguien como un/a «soldado», «guerrillero/a», «terrorista» o «luchador/a por la libertad»; o denominar y/o autodenominar a una organización como «anti-abortista» o «pro-vida».

El primer requerimiento de cualquier aventura en las Ciencias Sociales es que ésta debe ser persuasiva. Esto significa que el/a investigador/a debe establecer una relación activa con el/a lector/a e intentar mostrar cómo el/a investigador/a efectúa una buena lectura del texto: consiste más en un ejercicio de negociación que de exposición. Esto contrasta con la mayor confianza aparente en el estilo del informe experimental en Psicología Social.

En el informe experimental, el/a investigador/a estructura convencionalmente su exposición en Introducción, Método, Resultados y Discusión, y cuanto más adecuadamente está expuesto el argumento, tanto más aparece el informe como coherente y plausible. El/a experimentador/a no ha de defender el uso de tests estadísticos (de hecho, debería defender su elección si usa tales tests), tampoco debe realizar especiales esfuerzos para evidenciar qué base de interpretación está usando, o defender la experimentación como un paradigma apropiado de investigación. De ninguna de estas certidumbres dispone el/a investigador/a interpretativo/a. El/a analista de discurso debe asegurarse de que el/a lector/a comprenda qué está sucediendo: por qué es necesario escoger textos; cómo estos textos deben ser leídos; por qué esta lectura es preferible a aquella otra; y qué, en el mundo fuera de los textos, ayuda a dar sentido a los discursos que contienen. Encontramos este desafío estimulante.

Referencias

- Billig, M. (1987): *Arguing and Thinking: A Rhetorical approach to social psychology*. Cambridge: CUP.
- Crowle, A. J. (1976): The deceptive language of the laboratory. En R. Harré (ed.): *Life Sentences*. Chichester: Wiley.
- Grice, H. P. (1975): logic and conversation. En P. Cole and J. Morgan (Eds.): *Syntax and Semantics, vol 3: Speech Acts*. NY: Academic Press.
- Levinson, S. (1983): *Pragmatics*. Cambridge: CUP.
- Parker, I. (1988): Deconstructing accounts. En C. Antaki (ed.): *Analysing Ordinary Explanation: A casebook of methods* London: Sage.
- Potter, J.-Wetherell, M. (1987): *Discourse and Social Psychology: Beyond attitudes and behaviour*. London: Sage.
- Stubbs, M. (1983): *Discourse Analysis: The sociolinguistic analysis of natural language*. Oxford: Basil Blackwell.

Para seguir leyendo...

Además de las referencias anteriores, pueden ser útiles las siguientes fuentes

- Antaki, C. (Ed.) (1988): *Analysing Ordinary Explanation: A casebook of methods* London: Sage.
Un libro que contiene distintos métodos para trabajar con datos lingüísticos en Psicología Social.
- Billig, M. (1991): *Ideology and Opinions*. London: Sage.
Un texto crucial para conocer el alcance de la aproximación retórica en Psicología Social y que muestra cómo puede aplicarse empíricamente.
- Billig, M. et al. (1988): *Ideological Dilemmas: A social psychology of everyday thinking*. London: Sage.
Un análisis extenso de temas cotidianos en la vida social desde un punto de vista interpretativo.
- Burman, E.-Parker, I. (Eds.) (1993): *Discourse analytic research. Repertoires and readings of texts in action*. London: Routledge.
Un conjunto de trabajos que muestran con claridad diferentes prácticas de análisis de discurso y una reflexión sobre su alcance y sus límites.
- Fairclough, N. (1989): *Language and Power*. London: Longman.
Un análisis de cómo el lenguaje mantiene y cambia las relaciones de poder. Nacido en la lingüística, resulta uno de los enfoques del AD más fecundos para la Psicología Social
- Fairclough, N. (1992): *Discourse and Social Change*. Cambridge: Polity Press.
Repaso y crítica de distintos enfoques del AD. Este libro proporciona, en la forma de útil manual, un procedimiento que conjunta análisis lingüístico y teoría social.
- Gilbert, G. N.-Mulkay, M. (1984): *Opening Pandora's Box: A sociological analysis of scientists' discourse*. Cambridge: Cambridge University Press.
Un clásico de la interpretación de textos en Sociología.

- Mangueneau, D. (1991): *L'analyse du Discours. Introduction aux lectures de l'archive*. Paris: Hachette.
Indispensable para un acercamiento a la perspectiva y el método de la «Escuela Francesa de Análisis del Discurso». Es, además, una excelente guía para un AD en esta orientación.
- Parker, I. (1992): *Discourse Analysis. Critical Analysis for Social and Individual Psychology*. London: Routledge.
Desde el realismo, Parker ofrece de forma clara los criterios que han de seguirse para identificar discursos y la manera de investigarlos.
- Wetherell, M.-Potter, J. (1992): *Mapping the language of racism*. London: Harvester.
Un extraordinario estudio del racismo. Con una imponente fundamentación teórica y aplicando el AD, desentrañan las formas de racismo y proponen el tipo de acción para combatirlo.